

Saltadores

La pulga, el saltamontes y el ganso saltarín decidieron una vez ver quién de ellos saltaría más alto, e invitaron a todo el mundo —a todos los que quisieran— a venir a admirar tal maravilla. Y así, tres excelentes saltadores se reunieron juntos en una habitación.

—¡Entregaré a mi hija a quien salte más alto! —dijo el rey—. ¡Sería una lástima que tales jóvenes saltaran en vano!

Primero salió la pulga. Se comportó de la manera más encantadora y hizo reverencias hacia todos lados: por sus venas corría sangre azul, y en general estaba acostumbrada a tratar solo con personas, ¡y eso significa algo!

Luego salió el saltamontes. Era, por supuesto, un poco más pesado, pero también muy decente en apariencia y vestido con un uniforme verde; de hecho, había nacido con uniforme. El saltamontes dijo que provenía de una familia muy antigua, de Egipto, y por ello gozaba de gran estima en estos lugares; lo habían tomado directamente del campo y lo habían colocado en una casa de naipes de tres pisos, hecha únicamente de cartas figuradas, colocadas con la cara hacia adentro. Las ventanas y las puertas estaban recortadas en el cuerpo de la dama de corazones.

—Yo canto —dijo el saltamontes—, y lo hago tan bien que dieciséis grillos de aquí, que han estado chirriando desde su nacimiento y aun así no han logrado merecer una casa de naipes, me escucharon y se pusieron flacos de rabia.

De este modo, tanto la pulga como el saltamontes creían haber demostrado suficientemente ser partidos adecuados para la princesa.

El ganso saltarín no dijo nada, pero corría el rumor de que, en cambio, pensaba mucho. El perro de la corte, apenas lo olió, dijo que pertenecía a una familia muy buena. Y el viejo consejero de la corte, que había recibido tres órdenes por su habilidad para callar, aseguraba que el ganso saltarín estaba dotado del don profético: por su espalda podía saberse si el invierno sería suave o severo, algo que ni siquiera puede saberse por la espalda del propio fabricante de almanaques.

—Por ahora no diré nada —dijo el viejo rey—. ¡Pero tengo mis propias reflexiones!

Ahora quedaba saltar.

La pulga saltó, y lo hizo tan alto que nadie pudo seguirlo, y por eso todos comenzaron a decir que en realidad no había saltado. Solo que eso no fue justo.

El saltamontes saltó la mitad de alto y le dio directamente en la cara al rey, quien dijo que aquello era muy malo.

El ganso saltarín permaneció largo tiempo quieto y pensando, y al final todos decidieron que simplemente no sabía saltar.

—¡Ojalá no le ocurra nada malo! —dijo el perro de la corte y volvió a olfatearlo.

¡Zas! Y el ganso saltarín, con un pequeño salto oblicuo, apareció directamente sobre las rodillas de la princesa, que estaba sentada en un banquillo dorado bajito.

Y entonces el rey dijo:

—Lo más alto es llegar hasta mi hija; ahí está la cuestión. Pero para pensar en esto hace falta cabeza, y el ganso saltarín ha demostrado que la tiene. ¡Y además con sesos!

Y la princesa fue entregada al ganso saltarín.

—¡Aun así yo salté más alto que todos! —dijo la pulga—. ¡Pero da igual, que se quede con su tonto ganso con palito y resina! Yo salté más alto que todos, pero en este mundo hay que tener figura, ¡solo entonces te notan!

Y la pulga se alistó como voluntaria en un ejército extranjero y, según dicen, encontró allí su muerte.

El saltamontes regresó a la zanja y se puso a pensar cómo está hecho el mundo. También él dijo:

—¡Figura, figura hay que tener!

Y entonó una canción sobre su triste destino. De su canción tomamos esta historia. Aunque, probablemente, sea inventada, aunque esté impresa.